

al momento. Fué tan agradable al Señor aquella acción, que se le apareció en figura de un hermoso niño y, saludándole con gran afabilidad, le dijo que le había visto con gran satisfacción apartándose de la compañía de aquella gente que sostenía conversaciones licenciosas; y en recompensa de ello prometióle que no le abandonaría nunca. Además, San Edmundo tuvo la dicha de conservar su inocencia hasta la muerte. Cuando Santa Lucía acudió al sepulcro de Santa Agata para implorar su intercesión ante Dios a fin de que le alcanzase la salud de su madre, apareciósele Santa Agata y le dijo que por sí misma podía obtener la gracia que imploraba, ya que con su pureza había preparado en su corazón una agradabilísima morada a su Creador (1). Todo esto nos da a comprender cómo no puede denegar nada Dios al que tiene la dicha de conservar puros su corazón y su alma...

Oíd lo que aconteció a Santa Potamiena, que vivió en tiempos de la persecución de Maximiniano (2). Aquella joven era esclava de un señor disoluto y libertino, el cual continuamente la estaba solicitando. Mas ella prefirió sufrir toda suerte de crueldades y suplicios antes que consentir a las solicitudes de aquel señor infame. Enfurecido éste al ver que nada podía lograr, la entregó, como cristiana, en manos del gobernador, a quien prometió una fuerte recompensa para el caso de que la conquistase para sus infames apetitos. El juez mandó comparecer a aquella virgen ante su tribunal, y viendo que ninguna amenaza podía hacerla cambiar de sentimientos, sometiéndola a todo cuanto su rabia supo inspirarle. Mas Dios, que jamás abandona a los que a El se consagran, concedió tantas fuerzas a la joven mártir, que parecía insensible a todos los tormentos a

(1) Ribadeneyra, 5 febrero.

(2) Ribadeneyra, 28 de junio.

que hubo de someterse. No pudiendo, aquel juez inicuo, vencer su resistencia, mandó poner sobre una grande hoguera una caldera llena de pez, y le dijo : «Mira lo que te está preparado si no obedeces a tu señor». Y la santa joven respondió sin vacilar : «Prefiero sufrir todo cuanto pueda inspiraros vuestro furor antes que obedecer a la infame voluntad de mi amo ; además, nunca habría yo creído que un juez fuese injusto hasta el punto de mandarme obedecer a los propósitos de un amo disoluto». Irritado el tirano al oír esta respuesta, mandó arrojarla a la caldera. «A lo menos disponed, dijo ella, que sea arrojada allí vestida. Ahora veréis las fuerzas que el Dios a quien adoramos, concede a los que sufren por El». Después de tres horas de suplicio, entregó Potamiena su alma al Criador, y así ganó la doble palma del martirio y de la virginidad.

¡ Ay ! H. M., ¡ cuán desconocida en el mundo es esa virtud, cuán poco la apreciamos, cuán poco cuidado ponemos en conservarla, cuán negligentes somos en pedirla a Dios, habida cuenta que no podemos obtenerla por nosotros mismos ! ¡ No, no la conocemos esa hermosa y amable virtud, la cual tan fácilmente gana el corazón de Dios, tan hermoso esplendor comunica a nuestras buenas obras, tan por encima de nosotros mismos nos levanta, y nos hace vivir en la tierra una vida tan semejante a la de los ángeles del cielo !...

No, H. M., ella no es conocida de esos *infames e impúdicos viejos*, que se arrastran, se revuelcan y se anegan en el lodazal de sus torpezas, cuyo corazón es semejante a los... sobre la cumbre de los montes... encendidos y abrasados por ese impuro fuego. ¡ Ay ! lejos de esforzarse en extinguirlo, lo avivan continuamente con sus miradas, con sus pensamientos, con sus deseos y con sus actos. ¿ Cómo estará la pobre alma al comparecer ante Dios que es la pureza misma ? No, H. M., esa hermosa virtud no es conocida de aquellas

personas cuyos labios no son más que una boca y un tubo de que se sirve el infierno para vomitar sobre la tierra sus impurezas, y con las cuales dichos desgraciados se nutren como si fuesen su pan cotidiano. ¡ Ay ! ; su pobre alma es sólo objeto de horror para el cielo y para la tierra ! No, H. M., esa amable virtud no es tampoco conocida de aquellos jóvenes cuyos ojos y cuyas manos están manchados por miradas y... (1). ¡ Oh Dios ! ; a cuántas almas arrastra al infierno ese pecado !... No, H. M., esa virtud no es conocida de aquellas jóvenes mundanas y corrompidas que tanto se afanan por atraer a sí las miradas de las gentes ; que, por sus atavíos exagerados e indecentes, dan públicamente a entender que son infames instrumentos de que se sirve el infierno para perder las almas : ¡ esas almas que tantos trabajos, lágrimas y tormentos costaron a Jesucristo !... Miradlas a esas desgraciadas, y veréis su cabeza y su pecho rodeados de mil demonios, ¡ Oh Dios mío ! ; cómo puede sostener la tierra a tales secuaces del infierno ? ¡ Y lo más triste y doloroso es ver cómo las madres las toleran en un estado tan indigno de una cristiana ! Al ver esto, casi me atrevería a decir que tales madres no valen más que sus hijas. ¡ Ay ! ese corazón desgraciado y esos ojos impuros vienen a ser una fuente emponzoñada que causa la muerte a quien los mira o los escucha. ¡ Cómo tales monstruos se atreven a presentarse ante un Dios tan santo y tan declaradamente enemigo de la impureza ! ¡ Ay ! su vida miserable no viene a ser otra cosa que un montón de grasa que están amasando para cebar el fuego del infierno por toda una eternidad. Mas, H. M., dejemos ya esta materia tan enojosa y poco grata para el cristiano, cuya pureza debe remedar la del mismo Jesucristo ; y volvamos a esa hermosa virtud

(1) Oculos habentes plenos adulterii et incessabilis delicti (II Petr., II, 14).

de la pureza que nos levanta hasta el cielo, que nos franquea la entrada en el corazón adorable de Jesucristo, y nos atrae toda suerte de bendiciones espirituales y temporales.

II. — Hemos dicho, H. M., que esa virtud es de un valor muy grande a los ojos de Dios ; mas hemos de afirmar también que no carece de enemigos que se esfuerzan por arrebatárnosla. Hasta podríamos decir que casi todo cuanto nos rodea está conspirando para robárnosla. El demonio es uno de los enemigos más temibles ; vi- viendo él en medio de la hediondez de los vicios impu- ros y sabiendo que no hay pecado que tanto ultraje a Dios, y conociendo además lo agradable que es a Dios el alma pura, nos tiende toda suerte de lazos para arre- batarnos esta virtud. Por su parte, el mundo, que sólo busca sus regalos y placeres, labora también para hacérmola perder, muchas veces bajo la capa de amis- tad. Pero podemos afirmar que el más cruel y peligroso enemigo somos nosotros mismos, esto es, nuestra carne, la cual habiendo quedado ya maleada y corrompida por el pecado de Adán, nos induce furiosamente a la co- rrupción. Si no estamos constantemente sobre aviso, pronto nos abrasa y devora con sus llamas impuras. — Pero, me diréis, puesto que es muy difícil conservar una virtud tan preciosa a los ojos de Dios, ¿qué es lo que debemos hacer ? — Ved aquí los medios de conser- varla, H. M. El primero es ejercer una gran vigilancia sobre nuestros ojos, nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestros actos ; el segundo, recurrir a la ora- ción ; el tercero, frecuentar dignamente los sacramen- tos ; el cuarto, huir de todo cuanto pueda inducirnos al mal ; el quinto, ser muy devotos de la Santísima Virgen. Observando todo esto, a pesar de los esfuerzos de nuestros enemigos, a pesar de la fragilidad de esa virtud, tendremos la seguridad de conservarla.

He dicho 1.º que debemos vigilar nuestras miradas ; lo cual es muy cierto, pues vemos, por experiencia, a muchos que cayeron por una sola mirada, y no se levantaron ya jamás... (1). No os permitáis nunca libertad alguna sin ser ella verdaderamente necesaria. Primero sufrir cualquiera incomodidad antes que exponeros al pecado...

2.º Nos dice San Jaime que esta virtud viene del cielo y que jamás llegaremos a obtenerla si no la pedimos a Dios (2). Debemos, pues, suplicar a Dios con frecuencia que nos dé la pureza en los ojos, en las palabras y en las acciones.

3.º He dicho, en tercer lugar, que, si queremos conservar esa hermosa virtud, debemos recibir a menudo y dignamente los santos sacramentos ; de lo contrario jamás alcanzaremos tal dicha. Jesucristo no sólo instituyó el sacramento de la Penitencia a fin de perdonarnos los pecados, sino además para darnos fuerzas con que combatir al demonio. Lo cual se comprende fácilmente. ¿Quién será, en efecto, que habiendo hecho hoy una buena confesión, se dejará vencer por las tentaciones? El pecado, con todo el placer que encierra, le causaría horror. ¿Quién habrá que, al poco tiempo de haber comulgado, pueda consentir, no digo ya en un acto impuro, sino tan sólo en un mal pensamiento? ¡ Ah ! el divino Jesús que mora entonces en su corazón, le hace muy bien comprender lo infame que es ese pecado, y cuánto le desagrada y cuánto le aparta de El. Sí, H. M., el cristiano que frecuenta santamente los sacramentos podrá ser tentado, mas difícilmente pecará. En efecto, cuando tenemos la gran dicha de recibir

(1) *Propter speciem mulieris multi perierunt* (Prov., IX, 9).

(2) Salomón, y no el apóstol San Jaime, dice : *Et ut scivi, quoniam aliter non possem esse continens nisi Deus det, et hoc ipsum erat sapientiae, scire cuius esset hoc donum : adii Dominum, et deprecatus sum illum* (Sap., VIII, 21).

el cuerpo adorable de Jesucristo, ¿no sentimos extinguirse en nuestro corazón el fuego impuro? La Sangre adorable que corre por nuestras venas, ¿qué menos hará que purificar nuestra sangre? La carne sagrada que se mezcla con la nuestra, ¿no la diviniza en cierta manera? ¿No parece nuestro cuerpo retornar a aquel primer estado en que se hallaba Adán antes de pecar? ¡Ah! ¡esa Sangre adorable «que engendró tantas vírgenes!...» (1). Tengamos por cierto, H. M., que, dejando de frecuentar los sacramentos, a cada momento caeremos en pecado.

Además, para defendernos del demonio, hemos de evitar la compañía de aquellas personas que pueden inducirnos al mal. Ved lo que hizo José, al ser tentado por la mujer de su amo: dejóle el manto entre sus manos, y huyó para salvar su alma (2). Los hermanos de Santo Tomás de Aquino viendo con malos ojos que su hermano se consagraba a Dios, a fin de estorbar su propósito, le encerraron en un castillo e hicieron entrar allí una mujer de mala vida para que intentase corromperle. Viéndose en tal apuro por la desvergüenza de aquella malvada criatura, tomó un tizón encendido, y con él la arrojó ignominiosamente de su aposento. A la vista del peligro a que había estado expuesto, oró con tan copioso llanto, que Nuestro Señor le concedió el precioso don de continencia, o sea, de no ser jamás tentado contra esa hermosa virtud (3).

Ved lo que hizo San Jerónimo para poder conservar la pureza; miradle en el desierto abandonarse a todos los rigores de la penitencia, a las lágrimas y a las duras maceraciones de su carne (3). Aquel gran Santo nos

(1) *Vinum germinans virgines* (Zach., IX, 17).

(2) *Gen.*, XXXIX, 12.

(3) Ribadeneyra, 7 marzo.

(4) *Vida de los Padres del desierto*, t. V, p. 264.

refiere (1), además, la victoria alcanzada por un joven virtuoso, en una lucha quizá única en la historia, en tiempos de la cruel persecución del emperador Decio. Este tirano, después de haber sometido al joven a todas las pruebas que el demonio le inspirara, pensó que, si lograba hacerle perder la pureza del alma, tal vez le conduciría fácilmente a renunciar a su religión. A este objeto mandó que fuese llevado a un jardín de delicias, lleno de rosas y lirios, junto a un riachuelo de aguas cristalinas y juguetonas, bajo la sombra de corpulentos árboles agitados por deliciosa y suave brisa. Una vez allí, le pusieron en un lecho de plumas; atáronle con ligaduras de seda, y le dejaron solo. Entonces hicieron que se acercase a él una cortesana, vestida muy rica y provocativamente. Y comenzó a incitarle al mal con toda la impudencia y las provocaciones que la pasión puede inspirar. Aquel pobre joven que hubiera dado mil veces su vida antes que manchar la pureza de su hermosa alma, hallábase sin defensa, pues estaba atado de pies y manos. No sabiendo cómo resistir a los ataques de la voluptuosidad, impulsado por el espíritu de Dios, cortóse la lengua con los dientes y la escupió al rostro de aquella mujer; lo cual causó a ésta tanta confusión, que la obligó a huir. Este hecho nos muestra cómo nunca permitirá Dios que seamos tentados más allá de nuestras fuerzas.

Ved también a San Martiniano, que vivió en el siglo iv (2). Después de haber morado veinticinco años en el desierto, vióse expuesto a una ocasión muy próxima de pecar. Había ya consentido de pensamiento y de palabra. Mas Dios le tocó el corazón y acudió en su auxilio. Concibió entonces un tan hondo pesar del pecado que iba a cometer, que, entrando en seguida en

(3) S. Hieron., *Vita S. Pauli, primi Eremitae*, 3.

(1) Ribadencyra, 13 febrero.

su celda, encendió fuego, y puso en él sus pies. El dolor que experimentaba y el remordimiento del pecado, hacíanle exhalar horribles gritos. Zoé, la mujer malvada, que había ido allí a tentarle, al oír los gritos corrió para ver lo que sucedía ; y quedó tan conmovida ante aquel espectáculo, que, lejos de pervertir al santo, ella se convirtió. Y pasó el resto de su vida en las lágrimas y en la penitencia. En cuanto a San Martiniano, permaneció siete meses echado en el suelo sin poder moverse, a causa de las heridas de sus pies. Una vez curado, retiróse a otro desierto, donde no hizo más que llorar durante toda su vida, pensando en el peligro que corriera de perder su alma. Aquí veis, H. M., lo que los santos hacían ; aquí veis los tormentos a que se sometieron antes que perder la pureza de su alma. Tal vez eso os extrañe ; mas lo que debería extrañaros es la poca estima en que tenéis a tan hermosa virtud. ¡ Ay ! ¡ tan deplorable desdén proviene de no conocer su verdadero valor !

Digo, finalmente, que debemos profesar una ferviente devoción a la Santísima Virgen, si queremos conservar esta hermosa virtud ; de lo cual no nos ha de caber duda alguna, si consideramos que ella es la reina, el modelo y la patrona de las vírgenes...

San Ambrosio llama a la Santísima Virgen señora de la castidad ; San Epifanio la llama princesa de la castidad, y San Gregorio reina de la castidad...

Oíd un ejemplo que nos pone de manifiesto cuánto protege la Santísima Virgen la castidad de los que en ella confían, hasta el punto de que no sabe denegarles nada de cuanto le piden. Un caballero muy devoto de la Santísima Virgen había construído una capilla en su honor, en una de las dependencias del castillo que habitaba. Nadie conocía la existencia de dicha capilla. Todas las noches, después del primer sueño, sin decir nada a su mujer, levantábase y dirigíase a la capilla

de la Virgen, para pasar allí lo restante de la noche... Su mujer estaba muy apesadumbrada del proceder del marido, pues creía ella que salía de noche para entrevistarse con mujeres de mala vida. Cierta día, la esposa no pudo soportar ya por más tiempo aquel secreto sufrimiento y dijo a su marido que muy bien se veía que tenía otra mujer preferida. El marido, pensando en la Santísima Virgen, le contestó afirmativamente. Esta respuesta hirió vivamente los sentimientos de aquella mujer, y viendo que su marido no cambiaba de conducta, en un arrebato de pesar, se suicidó clavándose un puñal en el pecho. Al volver de la capilla el marido, halló al cadáver de su mujer bañado en sangre. Afligido en extremo ante aquel espectáculo, cerró con llave la puerta de su cuarto, y se dirigió de nuevo a la capilla de la Virgen, y allí, desconsolado y lloroso, prosternóse ante aquella santa imagen, exclamando: «Ya veis, oh Santísima Virgen, que mi esposa se ha suicidado porque venía yo por la noche a permanecer en vuestra compañía. Ya veis que mi mujer está condenada; ¿la dejaréis ardiendo en las llamas, cuando se ha suicidado desesperada a causa de mi devoción para con Vos? Virgen santa, refugio de los afligidos, servíos devolverle la vida; mostrad cuánto os place hacer bien a todos. No saldré yo de aquí hasta que me hayáis alcanzado esta gracia de vuestro divino Hijo». Mientras se hallaba abstraído en sus lágrimas y oraciones, una criada le estaba buscando y llamándole, diciéndole que la señora pedía por él. Y el caballero le dijo: «¿Estás segura de que es ella quien me llama?»—«Escuchad su voz, dijo la criada». La alegría del caballero fué tan grande que no acertaba a separarse de la compañía de la Virgen. Por fin levantóse, llorando de alegría y de gratitud, y halló a su mujer en plena salud. De sus heridas sólo le quedaban las cicatrices, para que nunca olvidase tan gran milagro obrado por la protección de la Santísima

Virgen. Al ver entrar a su marido, abrazóle diciendo : « ¡ Ah, amado mío ! te estoy altamente agradecida por tu caridad en rogar por mí. Estaba ya en el infierno, condenada a arder eternamente, pues me había dado yo la muerte. ¡ Demos gracias, pues, a la Santísima Virgen por haberme sacado de tales abismos (1). ¡ Ah ! ¡ cuánto se sufre en aquel fuego ! ¡ quién podrá decirlo y sobre todo comprenderlo ! » Quedó tan agradecida por aquel prodigioso favor, que pasó el resto de su vida en las lágrimas y la penitencia ; no podía nunca relatar la gracia que la Virgen le había alcanzado de su divino Hijo, sin llorar a lágrima viva, y no tenía otro deseo sino manifestar a todos cuán poderosa es la Santísima Virgen para socorrer a los que en ella confían.

Decidme, H. M., si la Virgen Santísima tiene poder hasta para arrancar del infierno a las almas, ¿ podremos abrigar duda alguna de que nunca dejará de concedernos cuantas gracias le pidamos, a nosotros que estamos aún en la tierra, lugar propicio para la misericordia del Hijo y para la compasión de la Madre ? Siempre que tengamos que pedir una gracia a Dios, dirijámonos a la Virgen Santa, y con seguridad seremos escuchados. ¿ Queremos salir del pecado, H. M., ? acudamos a María ; ella nos tomará de la mano y nos conducirá a la presencia de su divino Hijo para recibir de El el perdón. ¿ Queremos perseverar en el bien ?

(1) Este y otros ejemplos edificantes, que suelen hallarse en los libros de piedad, de muertos condenados, que, por la intercesión de un bienaventurado o por las oraciones de alguna alma santa, volvieron a la vida y a la gracia, dado que sean verdaderos hechos históricos, nada dicen contra la eternidad e irremisibilidad de las penas del infierno, ni contra el uso general de la Iglesia de no rogar por los condenados. Se trataría en estos casos no de una sentencia firme y definitiva de condenación eterna, sino de una sentencia provisional, atendidos los méritos actuales del difunto, que en los designios de Dios está previsto que ha de resucitar, por especial privilegio. Es doctrina del Angélico Doctor en el Suplemento de su Suma Teológica, cuestión 71, art. 5, ad 5.º, donde se ocupa del caso del emperador Trajano, referido por San Gregorio y San Juan Damasceno,

dirijámonos a la Madre de Dios; ella nos cobijará bajo su manto protector, y contra nosotros nada podrá el infierno. ¿Queréis de ello una prueba? Vedla aquí: leemos en la vida de Santa Justina (1), que cierto joven sintió por ella vehemente amor; y viendo que nada podía obtener con sus solicitudes, acudió a un sujeto llamado Cipriano, el cual tenía tratos con el demonio. Prometióle una cantidad de dinero para el caso de que lograrse hacer que Justina consintiese en lo que él deseaba. Al momento la joven se sintió fuertemente tentada contra la pureza; mas ella acudió en seguida a la protección de la Virgen, y con ello lograba siempre ahuyentar al demonio. El joven aquel preguntó a Cipriano por qué no podía ganar a la doncella, y éste a su vez se dirigió al demonio y le echó en cara su escaso poder en aquel caso, cuando en otros parecidos había siempre satisfecho sus designios. — El demonio le contestó: «Es verdad, pero ello es porque la joven acude a la Madre de Dios; y, en cuanto comienza a orar, pierdo todas mis fuerzas y no puedo ya nada». Admirado Cipriano, al ver que quien recurre a la Santísima Virgen resulta tan terrible al mismo infierno, se convirtió y murió santo y mártir.

Terminaré diciendo que, si queremos conservar la pureza de alma y cuerpo, debemos mortificar la imaginación; nunca hemos de permitir que nuestro espíritu divague pensando en aquellos objetos que nos llevan al mal, y poner también mucho cuidado en no ser para los demás ocasión de pecado, ya con nuestras palabras, ya con la manera de vestirnos: esto principalmente por lo que hace a las personas del sexo femenino. Si nos ocurre hallarnos ante una mujer indecentemente vestida, debemos apartar en seguida nuestra vista, y no hacer como aquellos desgraciados que

(1) Ribadeneira, 26 septiembre.

con mirada impúdica fijan en ella sus ojos tanto tiempo cuanto le place al demonio. Hemos de mortificar nuestros oídos: nunca debemos oír con gusto palabras ni canciones inmundas. ¡ Ah ! Dios mío, ¿ cómo se explica que tantos padres y madres, tantos amos y señoras, en las veladas de invierno, en los trabajos, oigan sin protesta las más infames canciones, vean cometer actos que escandalizarían a los paganos, sin que se resuelvan a impedirlos, bajo el pretexto de que son bagatelas ? ¡ Ah, desgraciados ! el Señor os está esperando para el gran día de las venganzas... ¡ Ay ! ¡ cuántos pecados habrán cometido por vuestra culpa vuestros hijos y servidores !...

« Bienaventurados, nos dice Jesucristo, los que tienen puro su corazón, pues ellos verán a Dios. » ¡ Cuán dichosos los que tienen la fortuna de poseer esta hermosa virtud ! ¿ No son ellos los amigos de Dios, los preferidos de los ángeles, los hijos mimados de la Santísima Virgen ? Pidamos frecuentemente a Dios, H. M., por intercesión de nuestra Santísima Madre, que nos dé un alma y un corazón puros y un cuerpo casto ; y así tendremos la dicha de agradar a Dios en esta vida, y poder glorificarle durante la eternidad : lo cual a todos deseo...

DOMINGO DÉCIMOCTAVO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

SOBRE LA TIBIEZA

Sed quia tepidus es, et nec frigidus, nec calidus, incipiam te vomere ex ore meo.

Mas porque eres tibio, y no frío, ni caliente, comienzo ya a vomitarte de mi boca.

(Apoc., III, 16.)

¿Podremos, H. M., oir sin temblar, de boca del mismo Dios, una tal sentencia, proferida contra un obispo que parecía cumplir perfectamente todos los deberes de un digno ministro de la Iglesia? Su vida era arreglada, no malgastaba sus bienes. Lejos de tolerar los vicios, se oponía a ellos con tesón; en nada daba mal ejemplo, y su vida parecía digna de ser imitada. Sin embargo, a pesar de todo esto, vemos que el Señor le advierte, por ministerio de San Juan, que, si continúa viviendo de aquella manera, le rechazará, esto es, le castigará y reprobará. Sí, H. M., tanto más espantoso es este ejemplo cuanto son muchísimos los que siguen tal camino, viven del mismo modo, y tienen su salvación muy insegura. ¡Ay! H. M., ¡cuán grande es el número de los que a los ojos del mundo no son tenidos por pecadores reprobados, ni pertenecen tampoco a los escogidos! ¿Por cuál de esos caminos andamos? ¿Seguimos la recta vía? Lo que más debe espantarnos es que no lo sabemos. ¡Horrible incertidumbre!... Probemos, sin embargo, de investigar si sois tan desgraciados

que pertenezcáis al número de los tibios. Voy pues : 1.º, a mostraros las señales por las cuales podréis conocerlo, y 2.º, si pertenecéis a tal clase, os indicaré los medios de salir de ella.

I. — Al hablaros hoy, H. M., del estado espantoso de un alma tibia, no es mi propósito haceros la pintura horrible y desesperante del alma que vive en pecado mortal, sin deseos de salir de él ; esta *pobre desgraciada* ya no es sino una víctima de la cólera de Dios para la otra vida. ¡ Ay ! esos pecadores me están escuchando, y saben bien a quiénes me refiero en estos momentos... No hablemos más de esto, pues cuanto dijéramos sólo serviría para acrecentar su endurecimiento de corazón. Al hablaros del alma tibia, H. M., no quiero referirme tampoco a los que *no confiesan ni cumplen la Pascua*; saben ellos muy bien que, a pesar de todas sus oraciones y buenas obras, están perdidos. Dejémoslos en su ceguera, ya que en ella quieren permanecer. — Pero, me dirá alguno, ¿ es que aquellos que se confiesan, cumplen la Pascua y comulgan con frecuencia, no se salvarán ? — Cierto que no todos, amigo mío ; pues, si se salvaran la mayoría de los que frecuentan los sacramentos, habríamos de convenir en que el número de los escogidos no es tan pequeño como realmente será. Sin embargo, reconozcámoslo : cuantos tengan la dicha de llegar al cielo, serán escogidos entre los que frecuentan los sacramentos, mas nunca entre los que *ni cumplen la Pascua ni se confiesan*. — ¡ Ah !, me dirás entonces, si todos los que *no se confiesan ni cumplen la Pascua* se condenan, ¡ grande será el número de los réprobos ! — Sí, no hay duda que será grande. Y por más que digas, si vives como pecador, serás también contado en ese número. Mas ¿ no te hace temblar tal pensamiento ?... Si no llegaste al último grado de endurecimiento, al pensar en esto debieras estreme-

certe y casi *desesperarle*. ¡ Ay ! ¡ Dios mío ! ¡ cuán desdichada la persona que ha perdido la fe ! Lejos de aprovecharse de estas verdades, esos pobres ciegos se burlarán de ellas ; y no obstante, digan lo que digan, pasará lo que yo os anuncio : sin confesión ni cumplimiento Pascual, no habrá cielo ni felicidad eterna. ¡ Oh Dios mío ! ¡ cuán horrible ceguera la del pecador !

No entiendo tampoco, H. M., por alma tibia la que quisiera pertenecer al mundo sin empero dejar de ser de Dios : la que ahora veréis postrarse delante de Dios, su Salvador y Maestro, y más tarde la veréis postrarse ante el mundo, su ídolo. ¡ Pobre ciego, el que tiende una mano a Dios y otra al mundo, llamando a los dos en su auxilio, prometiendo a ambos su corazón ! Ama a Dios, o a lo menos quiere amarle ; pero también quisiera agradar al mundo. Cansado de esforzarse en ser de ambos, acaba por entregarse exclusivamente al mundo. Vida extraordinaria la suya, la cual nos ofrece tan singular espectáculo, que uno no llega a convenirse de que se trate de la vida de una misma persona. Voy a mostraros ese espectáculo de una manera tan clara, que tal vez muchos de vosotros os tendréis por ofendidos ; mas ello poco me importa, yo os diré siempre lo que debo y vosotros haréis lo que bien os plazca.

Digo, H. M., que aquel que quiere ser del mundo sin dejar de pertenecer a Dios lleva una vida tan extraordinaria, que las diferentes circunstancias que la rodean son difíciles de conciliar. Decidme : ¿ os atreveríais a creerlo que esa joven que veis en esas partidas de placer, en esas reuniones mundanas, en las que siempre triunfa el mal en daño del bien, entregándose a todo cuanto puede desear un corazón maleado y pervertido, es la misma que, no hace aún quince días o un mes, visteis postrada ante el tribunal de la Penitencia, confesando sus culpas, haciendo ante Dios protestas de estar dispuesta a morir antes que recaer en pecado ?

¿No es aquella misma que visteis acercarse a la Sagrada Mesa con los ojos bajos y la plegaria en los labios? ¡Oh Dios mío! ¡qué horror! ¿Podremos pensar en ello sin morir de compasión? ¿Creeréis, H. M., que aquella madre que, hará unas tres semanas, enviaba a su hija a confesarse y, muy razonablemente, le recomendaba que considerase seriamente lo que iba a hacer, y al mismo tiempo le entregaba un rosario o un libro; hoy la instiga a ir a un baile, a un casamiento o a una fiesta de esponsales? Las mismas manos que le entregaban un libro piadoso, se están ahora ocupando en componer sus atavíos para mejor parecer ante el mundo. Decidme, H. M.: ¿no es esa persona que esta mañana estaba en el templo cantando las alabanzas del Señor, la misma que ahora emplea aquella misma lengua en cantar canciones infames y sostener las más torpes conversaciones? ¿No es éste aquel dueño o padre de familia que no ha mucho estaba oyendo la Santa Misa con gran reverencia, cual si quisiese emplear muy santamente el domingo, el mismo que ahora está trabajando y haciendo trabajar a toda su dependencia? ¡Oh Dios mío! ¡qué horror! ¿cómo pondrá Dios todo esto en orden el día del juicio? ¡Ay! ¡cuántos cristianos condenados!

Y digo más, H. M.: aquel que quiere agradar al mundo y a Dios, lleva una vida de las más desdichadas. Ahora vais a ver cómo. Ved aquí una persona que frecuenta los placeres, o que ha contraído algún mal hábito; ¿cuál no ha de ser su temor mientras cumple sus deberes religiosos, es decir, mientras ora, se confiesa o comulga? No quisiera ser vista de aquellos con quienes danzó, en cuya compañía pasó las noches en la taberna, y con los cuales se entregó a toda suerte de desórdenes. Ha llegado hasta a engañar a su confesor, ocultándole lo peor de sus culpas, y de esta manera ha obtenido permiso para comulgar, o mejor, para come-

ter un horrendo sacrilegio; su gusto sería comulgar antes o después de la Santa Misa, o sea cuando en la iglesia no hay nadie. Aunque también le complace ser vista de las personas buenas, que ignoran su mala vida, y a las cuales espera hacer concebir ventajosa opinión de sí misma. Con las personas piadosas habla de religión, mas con la gente irreligiosa sólo se ocupa de placeres mundanos. Se avergonzaría de cumplir sus prácticas religiosas delante de los compañeros o compañeras de sus desórdenes. Es esto tan cierto, que un día alguien llegó a pedirme que le diese la sagrada comunión en la sacristía, para que no lo viese nadie. ¡Qué horror! H. M., ¿podremos considerar sin estremecernos tal manera de proceder?

Mas sigamos adelante, y veremos los apuros y compromisos de esas personas que quieren seguir al mundo, sin dejar tampoco a Dios, a lo menos en apariencia. He aquí que se acerca el tiempo del cumplimiento pascual. Es preciso ir a confesar; no es que lo deseen, ni que de ello sientan necesidad; antes, a ser posible, quisieran que la Pascua viniese sólo cada treinta años. Mas sus padres conservan aún la práctica exterior de la religión, y se hallan satisfechos al ver que sus hijos se acercan a la Sagrada Mesa, y casi los fuerzan a confesarse: en lo cual no obran bien, por cierto. Rueguen por ellos enhorabuena, mas no los inquieten, para llegar por fin a un sacrilegio; ¡ay! ¡ya se hubieran bastado ellos solos! Para librarse de la importunidad de sus padres, para salvar las apariencias, esas personas se confabularán para tratar del confesor de quien mejor pueden esperar el ser absueltas la primera o la segunda vez. «He aquí, dirá uno, que hace ya muchos días que mis padres me están importunando para que vaya a confesar. ¿Dónde iremos, pues?» — «No podemos ir a nuestro párroco, pues es muy escrupuloso, y no nos dejaría cumplir la Pascua. Iremos a ver a fulano. El absolvió a éstos y

aquéllos que ciertamente llevan realizadas más hazañas que nosotros». Otro dirá : «Te aseguro que, si no fuese por mis padres, no cumpliría el precepto pascual ; pues el catecismo nos dice que, para hacer una buena confesión, es preciso dejar el pecado y las ocasiones de pecar, y nosotros no hacemos ni lo uno ni lo otro. Háblote sinceramente, me hallo muy apurada cada vez que llega la Pascua. Estoy descando *estar colocada*, para dejar definitivamente esa vida de doblez. Entonces haré una confesión de toda mi vida, para reparar las que ahora estoy haciendo ; de lo contrario no moriría contenta». — «A mi parecer, le contestará su interlocutora, deberías volver al mismo con quien te confesaste hasta el presente, pues te conocerá mejor.» — «¡ Ah ! eso sí que no ; iré al otro que no me quiso absolver, porque no quería llevarme a la condenación». — «¡ Ah, tonta ! ¿ qué importa eso ?, todos tienen el mismo poder». — «Esto es lo que se dice cuando se está bueno y se mira la muerte de lejos ; mas, en cuanto una se pone enferma, ve las cosas de muy distinta manera. Fuí un día a visitar a fulana, que estaba muy enferma ; me dijo que jamás volvería a confesarse con aquellos sacerdotes tan fáciles en absolver, pues, queriéndolos salvar, os arrojan al infierno». Mirad de qué manera se portan esos pobres ciegos. «Padre mío, dicen, al sacerdote, vengo a confesarme con usted, porque nuestro párroco es demasiado escrupuloso. Quiere hacernos prometer cosas que no podemos cumplir ; quisiera él que fuésemos santos, y esto no es posible en este mundo. Quisiera que nunca pusiésemos el pie en una sala de baile, que nunca frecuentásemos las tabernas y casas de juego. Si alguien ha contraído algún mal hábito, no concede la absolución hasta que se haya enmendado en absoluto. Si debiésemos seguir sus órdenes, jamás podríamos cumplir la Pascua. Mis padres, que son muy religiosos, siempre me están importunando porque no cumplo

la Pascua. Haré cuanto pueda ; pero es imposible asegurar que jamás volveré a las diversiones citadas, pues uno no sabe en qué ocasiones se ha de encontrar». — «¡ Ah !, le dirá el confesor, engañado por ese lenguaje, bien veo que tu párroco es un poco escrupuloso. Reza el acto de contrición ; yo te absolveré, mas procura ser bueno». Esto es, inclina tu cabeza ; vas a hollar la Sangre adorable de Jesucristo, vas a vender a tu Dios, como Judas le vendió a sus verdugos, y mañana comulgarás, o mejor, le crucificarás. ¡ Oh horror ! ¡ oh abominación ! ¡ Anda, infame Judas, anda a la Sagrada Mesa ; ve a dar muerte a tu Dios y a tu Salvador ! Deja clamar a tu conciencia ; mira de ahogar los remordimientos en cuanto te sea posible... Mas, H. M., yo me extendiendo demasiado ; dejemos a esos pobres ciegos en las tinieblas donde moran.

Pienso, H. M., que estáis descando saber en qué consiste el estado de un alma tibia. Pues vedlo aquí : El alma tibia no está aún absolutamente muerta a los ojos de Dios, ya que no están enteramente extinguidas en ella la fe, la esperanza y la caridad, que constituyen su vida espiritual. Pero su fe es una fe sin celo ; su esperanza, una esperanza sin firmeza, y su caridad, una caridad sin ardor. Voy ahora a pintaros el retrato de un cristiano fervoroso, esto es, de un cristiano que desea verdaderamente salvar su alma, en parangón con el de una persona que lleva una vida tibia en el servicio de Dios. Pongámoslos uno al lado del otro, y podréis ver a cuál de los dos os asemejáis. El buen cristiano no se contenta con creer todas las verdades de nuestra santa religión, sino que además las ama, las medita, busca todos los medios de penetrarlas mejor ; le gusta oír la palabra de Dios ; cuanto más la oye, mayores deseos tiene de volver a oirla, pues desea aprovecharse de ella, esto es, evitar todo cuanto Dios le prohíbe, y practicar todo cuanto Dios le manda. Nunca los sermones le pa-

recen demasiado largos ; antes al contrario, aquellos momentos son para él los más dichosos, pues entonces viene en conocimiento de cuanto debe practicar para ir al cielo y salvar su alma. No solamente cree que Dios ve todas sus acciones y las juzgará a la hora de la muerte ; sino que además tiembla cuantas veces le viene el pensamiento de que un día habrá de dar cuenta de toda su vida ante un Dios que no tendrá misericordia para el pecado. Y no se contenta con pensar y temer, sino que todos los días trabaja en enmendarse, todos los días inventa nuevas maneras de mortificarse ; tiene en nada todo cuanto ha hecho hasta el presente ; se lamenta de haber perdido un tiempo tan precioso, durante el cual hubiera podido atesorar grandes riquezas para el cielo.

¡ Cuán diferente es el cristiano que vive en la tibieza ! No deja de creer todas las verdades que la Iglesia enseña, mas de una manera tan débil, que en ello casi no toma parte su corazón. No duda de que Dios le ve, de que está siempre en su santa presencia ; pero, a pesar de ese pensamiento, no es ni más bueno ni menos pecador ; cae en pecado con tanta facilidad cual si no creyese en nada ; está muy persuadido de que, mientras viva en tal estado, es enemigo de Dios ; mas no por eso sale del mismo. Sabe que Jesucristo dió al sacramento de la Penitencia el poder de perdonar nuestros pecados y de acrecentar nuestra virtud. Sabe que dicho sacramento nos concede gracias proporcionadas a las disposiciones con que nos acercamos a recibirlo ; mas no importa : la misma negligencia, la misma tibieza en la práctica. Sabe que Jesucristo está real y verdaderamente en el sacramento de la Eucaristía, alimento absolutamente necesario para su alma ; sin embargo, ¡ mirad cuán poco desea recibirlo ! Sus confesiones y comuniones no son frecuentes ; solamente se determina con ocasión de alguna gran festividad, de un jubileo,

de una misión; o bien va para no distinguirse de los demás, pero no para alimentar su pobre alma. No solamente no trabaja para merecer una tal dicha, sino que ni tan sólo envidia la suerte de los que se acercan frecuentemente a gustar de sus dulzuras. Si le habláis de las cosas de Dios, os responderá con una indiferencia que muestra bien a las claras cuán insensible sea su alma a los bienes que nos puede proporcionar nuestra santa religión. Nada le conmueve: escucha la palabra de Dios, es cierto, pero no es raro el caso en que se fastidie; la escucha con pena, por costumbre, cual una persona que cree saber ya bastante, y portarse lo suficientemente bien para no necesitar tales instrucciones. Las oraciones demasiado largas le molestan. Su espíritu está aún absorbido por las obras que acaba de ejecutar, o por las que va a comenzar terminada la oración; se fastidia tanto, que su pobre alma parece estar en la agonía: vive aún, pero ya no es capaz de hacer nada en orden al cielo.

La esperanza del buen cristiano es firme; su confianza en Dios es inquebrantable. Nunca pierde de vista los bienes y los males de la otra vida, tiene siempre presente en su espíritu el recuerdo de los sufrimientos de Jesucristo; su corazón casi no se ocupa en otra cosa. Unas veces piensa en el infierno, para considerar la magnitud del castigo que el pecado merece, y la desgracia de quien lo comete, lo cual le dispone a preferir la muerte al pecado; otras veces, para excitarse al amor de Dios y para sentir la grandeza de la dicha de quien ama más a Dios que a todas las cosas, fija su pensamiento en el cielo, y se representa la magnitud del premio de quien lo deja todo por Dios. Entonces sólo desea a Dios, sólo quiere a Dios: nada valen para él los bienes de este mundo; le gusta verlos despreciados, y los desprecia él mismo; los placeres mundanos le causan horror. Piensa que, siendo discípulo de un Dios

crucificado, su vida debe ser sólo una vida de lágrimas y de sufrimientos. La muerte no le atemoriza, pues sabe muy bien que sólo ella puede librarle de los males de esta vida y juntarle con Dios para siempre.

Mas el alma tibia está muy alejada de tales sentimientos. Los bienes y los males de la otra vida casi no le interesan : piensa en el cielo, es cierto, mas sin desear verdaderamente alcanzarlo. Sabe que el pecado le cierra las puertas de la celestial mansión ; a pesar de esto no procura corregirse, a lo menos de una manera eficaz ; por eso se la encuentra siempre ser la misma. El demonio la engaña haciéndole formar muchos propósitos de convertirse, de obrar mejor eg adelante, de ser más mortificada, más reservada en sus palabras, más paciente en sus penas, más caritativa para con el prójimo. Pero nada de esto cambia sensiblemente su vida : hace ya veinte años que se halla animada de buenos deseos, sin haber mejorado en nada sus costumbres. Se parece a una persona que sintiese deseos de pasear en carro triunfal, mas no se dignase ni tan sólo levantar el pie para subir a él. No quisiera renunciar a los bienes eternos por los bienes terrenales ; pero no desea ni abandonar la tierra, ni llegar al cielo, y si pudiese pasar esta vida sin penas ni tristezas, nunca pediría salir de este mundo. Si la oís quejarse de que esta vida es muy larga y despreciable, será porque las cosas no le andan como quisiera. Si el Señor, para forzarla en alguna manera a desligarse de esta vida, le envía penas y miserias, ya la tenemos inquieta, triste, abandonándose al llanto, a las quejas y muchas veces a una especie de desesperación. Parece como si no quisiese reconocer que es Dios quien le envía esas pruebas para su bien, para hacerle perder la afición a esta vida y atraerla a El. ¿Qué hizo ella para merecerlas ? piensa para sí ; otros mucho más culpables no se ven tan castigados.

En la prosperidad, no diremos que el alma tibia lle-

gue a olvidarse de Dios, mas tampoco se olvida de sí misma. Sabe referir muy bien todos cuantos medios empleó para salir con éxito ; piensa que muchos otros no habrían logrado lo que ella logró ; y se complace en repetirlo, y le gusta oírlo repetir ; cuantas veces lo oye, experimenta una nueva sensación de alegría. Con aquellos que la lisonjean, toma un aire jovial ; mas con los que no le tuvieron el respeto que cree merecer, con los que no se mostraron agradecidos a sus favores, muestra siempre un gesto de frialdad e indiferencia, cual si continuamente les estuviese echando en cara su ingratitud.

El buen cristiano, en cambio, lejos de creerse digno de algo y capaz de la menor obra buena, sólo tiene ante sus ojos la humana miseria. Desconfía de quienes le adulan, cual si fuesen lazos que el demonio le tiende ; sus mejores amigos son aquellos que le dan a conocer sus defectos, pues sabe que, para enmendarse, es preciso conocerlos. En cuanto le es posible, huye las ocasiones de pecar ; teniendo siempre presente que la más leve cosa es capaz de hacerle caer, no fía nunca en sus solos propósitos, en sus fuerzas, ni tan sólo en su virtud. Conoce, por propia experiencia, que no es capaz de otra cosa que de pecar ; pone toda su esperanza y toda su confianza en sólo Dios. Sabe que el demonio a nadie teme tanto como al alma aficionada a la oración, y esto le mueve a hacer de su vida una oración continuada, mediante una íntima conversación con su Dios. Pensar en Dios le es cosa tan familiar como la respiración ; con gran frecuencia levanta su corazón a lo alto : se complace en pensar en Dios como en su Padre, su amigo, su Señor que le ama tiernamente y desea con anhelo hacerle feliz en este mundo y aun más en el otro. El buen cristiano, H. M., raras veces se ocupa de las cosas de la tierra ; si le habláis de ellas, se muestra tan indiferente como las gentes del mundo cuando se

les habla de los bienes de la otra vida. En una palabra, hace consistir su felicidad en las penas y aflicciones, en la oración, el ayuno y la práctica de la presencia de Dios. El alma tibia no pierde enteramente su confianza en Dios; pero no desconfía lo bastante de sí propia. Aunque se pone a menudo en ocasiones de pecar, piensa siempre que no va a caer. Si sobreviene la caída, la atribuye al prójimo y afirma que otra vez tendrá mayor firmeza.

Aquel que ama verdaderamente a Dios, H. M., y pone el mayor interés en la salvación de su alma, toma todas las precauciones posibles para evitar la ocasión de pecar. No se contenta con evitar las faltas graves, sino que pone gran diligencia en combatir las más leves culpas que en su conducta descubre. Considera siempre como un gran mal todo cuanto pueda desagradar a Dios en lo más mínimo; mejor dicho, aborrece todo cuanto desagrada a Dios. Figúrase como si estuviese al pie de una escalera, a cuya cima debe subir; ve que, para lograrlo, no hay tiempo que perder; por esto cada día adelanta de virtud en virtud hasta el momento de entrar en la eternidad. Es cual un águila que cruza los aires, o mejor, como un relámpago que no pierde nada de su rapidez desde que aparece hasta que se extingue. Sí, H. M., aquí tenéis lo que hace el alma que trabaja por Dios y desea verle. Como el relámpago, no encuentra límites ni retrasos, hasta que llegue a sepultarse en el seno de su Creador. ¿Por qué nuestro espíritu se traslada con tanta facilidad de una parte a otra del mundo? Para darnos a entender con cuánta rapidez debemos dirigirnos a Dios con nuestros pensamientos y deseos.

Mas no es éste el amor de Dios del alma tibia. No hallamos en ella esos deseos ardientes, ni esas llamas abrasadoras que nos hacen vencer todos cuantos obstáculos se oponen a la salvación. Para pintarlos, H. M., exa-
c-

talemente el estado del alma que vive en la tibieza, os diré que se parece a una tortuga o a un caracol. No anda, sino que se arrastra por la tierra, y apenas se la ve cambiar de sitio. El amor divino que siente en su corazón es semejante a una pequeña chispa de fuego, oculta en un montón de cenizas; ese amor se halla rodeado de tantos pensamientos y deseos terrenales, que, si no llegan a ahogarlo, impiden su incremento y poco a poco lo van extinguiendo. Cuando el alma tibia llega a este punto, permanece ya del todo indiferente ante tal pérdida. Su amor carece de ternura, de actividad, de energía, apenas capaz de mantenerla en la observancia de lo que es esencialmente necesario para salvarse; pero ella tiene por nada o muy poca cosa todo lo demás. ¡Ay! H. M., el alma vive en su tibieza como una persona en el estado de somnolencia. Quisiera obrar, pero su voluntad está tan debilitada que no tiene ánimo ni fuerza para cumplir sus deseos (1).

Cierto que el cristiano que vive en la tibieza cumple aún con bastante regularidad sus deberes, a lo menos en apariencia. Todas las mañanas rezará arrodillado sus oraciones; recibirá los sacramentos por la Pascua y aun muchas otras veces durante el año; mas todo ello con tanta displicencia, tanta dejadez y tanta indiferencia, con tal falta de preparación, con tan poca eficacia en el mejoramiento de su vida, que claramente se ve que cumple sus deberes sólo por hábito y por rutina; porque es tal fiesta y en ese día tiene la costumbre de practicar tal devoción. Sus confesiones y comuniones no serán sacrílegas, si queréis; pero son confesiones y comuniones sin fruto, las cuales, en vez de perfeccionarle a los ojos de Dios, le hacen aún más culpable. En cuanto a sus oraciones, sólo Dios sabe de qué ma-

(1) *Desideria occidunt pigrum; noluerunt enim quidquam manus eius operari; tota die concupiscit et desiderat* (Prov., XXI, 25).

nera son hechas : ¡ ay ! sin preparación. Por la mañana, no es de Dios de quien se ocupa, ni tampoco de la salvación del alma, sino solamente de trabajar. Su espíritu está tan lleno de las cosas de la tierra, que no queda en él lugar para el pensamiento de Dios. Piensa en lo que hará durante el día, dónde enviará sus hijos o sus criados, de qué manera emprenderá tal o cual obra. Para rezar, se arrodilla, es verdad ; mas no sabe ni lo que quiere pedir a Dios, ni lo que le es necesario, ni hasta delante de quién se halla ; claramente lo delatan sus modales tan faltos de respeto. Viene a ser un pobre que, aunque miserable, no quiere nada, se complace en su pobreza. Es un enfermo casi desahuciado, que desprecia los médicos y los remedios, y se complace en su enfermedad. Veréis a esa alma tibia no tener reparo alguno en hablar durante el curso de sus oraciones, bajo cualquier pretexto ; cualquier cosa se las hace abandonar, si bien pensando que las continuará más tarde. ¿ Quiere ofrecer a Dios el día, rezar el *benedicite*, dar las gracias ? Todo eso practica, es verdad ; pero muchas veces sin saber ni atender a quién habla. Quizá ni tan sólo deja su trabajo. ¿ Se trata de un hombre ? pues lo veréis entretenerse dando vueltas a su gorro o sombrero entre las manos, cual si mirase si es bueno o estropeado, cual si quisiera venderlo. ¿ Se trata de una mujer ? pues rezará mientras corta el pan para la sopa, echa leña al fuego, o bien yendo a la zaga de sus hijos o de sus sirvientas. Las distracciones en la oración no serán del todo voluntarias, si queréis ; preferiría no tenerlas ; pero, como para apartarlas debe hacerse cierta violencia, las deja ir y venir libremente.

El alma tibia quizá no pasa el día del domingo trabajando en obras que los que tienen menos religión consideran como prohibidas ; pero no tiene escrúpulo en remendar una prenda de ropa, en arreglar tal o cual cosa de uso doméstico, en enviar los pastores al campo

durante la hora de los oficios, bajo pretexto de que no tienen qué dar de comer al ganado; prefiere dejar perecer su alma y la de sus trabajadores a dejar perecer las bestias. Si es un hombre, reparará sus herramientas o sus vehículos para el día siguiente; irá a visitar sus tierras, tapaná un agujero, arreglará sus cuerdas, transportará cubos o los remendará. ¿Qué os parece, H. M.? ¿No es esto, ¡ay!, lo que sucede en realidad?...

El alma tibia se confesará aun todos los meses y quizá más a menudo. Pero, ¡ay! ¿qué confesiones? Sin preparación, sin descos de corregirse; y si los concibe, son ellos tan débiles que el primer soplo los echa por tierra. Sus confesiones no son más que una repetición de las pasadas, y aun gracias que no tenga nada que añadir. Hace ya veinte años se acusaba de lo que se acusa hoy; dentro veinte años, si aun se confiesa, repetirá lo mismo. El alma tibia no cometerá, si queréis, grandes pecados; pero, si se trata de una leve murmuración de una mentira, de un sentimiento de odio, de aborrecimiento, de celos, de un pequeño disimulo, con facilidad los comete. Si no la respetáis cual cree ser merecedora, os lo echará en cara so pretexto de que con ello se ofende a Dios; pero mejor diría que es porque ella misma se siente ofendida.

Cierto que no dejará de frecuentar los sacramentos, mas las disposiciones con que va a recibirlos inspiran lástima. El día en que quiere recibir a su Dios, pasará buena parte de la mañana pensando en sus negocios temporales. Si es un hombre, pensará en sus viajes o en sus ventas; si es una mujer, pensará en su hogar o en sus hijos; si es una joven, pensará en la manera de disponer sus atavíos; si es un muchacho, divagará acerca de ciertos frívolos placeres, etc. Encierra a su Dios en una cárcel sucia y oscura. No le da muerte, pero le deja en su corazón sin alegría, sin consuelo; todas sus disposiciones delatan que aquella pobre alma no tiene

más que un soplo de vida. Una vez recibida la Sagrada Comunión, el alma tibia casi no piensa en Dios más que los otros días. La manera de portarse nos da a entender que no se ha dado cuenta de la magnitud de su dicha.

La persona tibia reflexiona muy poco sobre el estado de su alma, y casi nunca vuelve la vista hacia el pasado; si le viene al pensamiento la necesidad de portarse mejor, cree que, una vez confesados sus pecados, debe permanecer perfectamente tranquila. Asiste a la Santa Misa casi como a un acto ordinario; no considera seriamente la alteza de aquel misterio, y no tiene inconveniente en conversar sobre cualquier cosa mientras se dirige al templo; quizá ni se le ocurrirá nunca pensar que va a participar del más grande de los dones, que Dios, con ser Dios, pudo otorgarnos. Piensa ciertamente en las necesidades de su alma, pero con debilidad de espíritu; muchas veces se presenta ante su Dios sin saber siquiera lo que ha de pedirle. No tiene el menor escrúpulo en omitir, bajo el menor pretexto, el *Passio*, la procesión, o el *Asperges* (1). Durante los oficios, no quiere dormirse, es cierto, y hasta teme que los demás lo adviertan; pero no se hace la menor violencia. Tampoco quisiera tener distracciones durante la oración o la Santa Misa; mas, como ello implicaría cierta lucha, las tolera con paciencia, aunque no las desee. Los días de ayuno casi no los distingue, pues o bien adelanta la hora de la comida, o bien hace una abundante colación, casi equivalente a una cena, alegando el pretexto de que *el cielo no se alcanza con hambre*. Al practicar algunas buenas obras, a menudo su intención no es del todo pura: unas veces son para complacer a alguien, otras por compasión, otras hasta para agradar al mundo. Para los tales, todo cuanto no sea un grave pecado,

(1) Véase en el tomo II, las notas de la pág. 139.

resulta ya aceptable... Les gusta hacer el bien, pero no quieren hallar dificultades al practicarlo. Hasta les gustaría visitar a los enfermos, pero sería preciso que los enfermos viniesen a ellos. Tienen medios de hacer limosna, conocen a las personas que están necesitadas; pero esperan a que se la vengan a pedir, en vez de anticiparse, con lo cual sus obras serían doblemente meritorias. En una palabra, H. M., la persona que lleva una vida tibia no deja de practicar muchas buenas obras, de frecuentar los sacramentos, de asistir puntualmente a las funciones; mas en todos sus actos veréis una fe débil, lánguida, una esperanza que a la menor prueba se viene abajo, un amor de Dios y del prójimo sin ardor y sin gusto; todo cuanto hace no resulta enteramente perdido, mas poco le falta para ello.

Considerad ahora delante de Dios, H. M., en qué lado os halláis: ¿en el de los pecadores, que lo abandonaron ya todo, que no piensan ya en la salvación de su pobre alma, que se hunden en el pecado sin remordimiento alguno? ¿En el lado de las almas justas, que sólo ven y buscan a Dios, que se inclinan siempre a pensar mal de sí mismas y quedan en seguida convencidas cuando se les hace notar algún defecto suyo; que se creen siempre mil veces más miserables de lo que opinan los demás, y tienen en nada todo cuanto hicieron hasta el presente? O bien, ¿pertenecéis al número de aquellas almas perezosas, tibias e indiferentes, tal como acabamos de pintarlas? ¿Cuál es el camino por donde andáis? ¿Quién podrá estar seguro de que no es ni pecador, ni tibio, sino de los escogidos? ¡Ay! H. M., ¡cuántos parecen buenos cristianos a los ojos del mundo, mas son tibios a los ojos de Dios que lo ve todo, y conoce nuestro interior!

II. — Pero, me diréis, ¿de qué medios hemos de valernos para salir de tan miserable estado? — Si

deseáis saberlo, H. M., atended un momento. Y, ante todo, debo advertiros que, el que vive en la tibieza, en cierto sentido está más en peligro que aquel que vive en pecado mortal; y que las consecuencias de un tal estado son acaso más funestas. He aquí la prueba. El pecador que no cumple el precepto pascual, o que ha contraído hábitos malos o criminales, lamentase, de vez en cuando, del estado en que vive, en el cual está resuelto a no morir; desea salir del mismo, y un día llegará a hacerlo. Mas el alma que vive en la tibieza, no piensa en salir de ella, pues cree estar bien con Dios.

¿Qué habremos de concluir de esto? Vedlo aquí, H. M. Esa alma tibia viene a ser un objeto insípido, insubstancial, desagradable a los ojos de Dios, quien acaba por vomitarlo de su boca; o sea acaba por maldecirlo y reprobarlo. ¡Oh Dios mío, a cuántas almas pierde ese estado! Si queréis hacer que un alma tibia salga de su estado, os contestará que no pretende ser santa; que, con tal de entrar en el cielo, ya tiene bastante. No pretendes ser santa, y no consideras que sólo los santos llegan al cielo. O ser santo, o ser réprobo: no hay término medio.

¿Queréis salir de la tibieza, H. M.? llegaos frecuentamente a la puerta de los abismos, en donde se oyen los gritos y los alaridos de los réprobos, y podréis formaros idea de los tormentos que experimentan por haber vivido tibiamente y con negligencia respecto al negocio de su salvación. Levantad vuestros pensamientos hacia el cielo, y considerad cuál sea la gloria de los santos por haber luchado y por haberse violentado mientras estaban en la tierra. Trasladaos, H. M., al corazón de las selvas y hallaréis allí aquella multitud de santos que pasaron cincuenta, sesenta años llorando sus pecados en medio de toda suerte de rigores y penitencias. Mirad, H. M., lo que hicieron para merecer el cielo. Mirad qué respeto sentían por la presencia de Dios;

qué devoción en sus oraciones, las cuales no cesaban en toda su vida. Habían abandonado sus riquezas, sus parientes y sus amigos, para pensar solamente en Dios. Mirad su valentía en combatir las tentaciones del demonio. Mirad el celo y diligencia de aquellos que se hallaban reclusos en los monasterios, para hacerse dignos de recibir con frecuencia los sacramentos. Ved con qué gusto perdonaban y hasta favorecían a los que los perseguían, difamaban o les descaban mal. Mirad su humildad, el desprecio de sí mismos, el gusto con que se veían despreciados, y el temor con que miraban las alabanzas y la estimación del mundo. Mirad con qué atención evitaban los más leves pecados, y cuán copiosas lágrimas derramaban por sus culpas pasadas. Mirad qué pureza de intención en todas sus buenas obras: no tenían otra mira que Dios, sólo deseaban agradar a Dios. ¿Qué más os diré? Mirad aquella muchedumbre de mártires que no pueden hartarse de sufrimientos, que suben a los cadalsos con mayor alegría que los reyes al trono. Terminemos, H. M. No hay estado más temible que el de aquella persona que vive en la tibieza, pues antes se convertirá un gran pecador que un tibio. Si nos hallamos en tal estado, pidamos a Dios, de todo corazón, la gracia de salir de él, para emprender el camino que todos los santos siguieron, y así poder llegar a la felicidad de que ellos disfrutaban. Esto es lo que os deseo.

DOMINGO DÉCIMONONO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

SOBRE LA IMPUREZA

*Ligatis manibus et pedibus eius,
mittite eum in tenebras exteriores.
ibi erit fletus et stridor dentium.*

Atadle de pies y manos, y arrojadle en las tinieblas exteriores, donde todo será llanto y rechinar de dientes.

(S. Mateo, XXII, 13.)

Si todo pecado mortal, H. M., debe arrastrarnos, precipitarnos y abrasarnos en los infiernos, según nos dice Jesucristo en el Evangelio, ¿cuál será la suerte del desgraciado que se abandone al más infame pecado, la impureza? ¡Oh Dios mío! ¿podremos atrevernos ni siquiera a pronunciar el nombre de un vicio tan horrible, no ya a los ojos de un cristiano, sino aun de toda criatura racional? ¿Podré yo hablar, H. M., y vosotros oírme sin estremeceros? ¡Ah! ¡ojalá tuviese la dicha, al mostraros la negrura y asquerosidad de ese pecado, de haceros huir de él para siempre jamás! ¡Oh Dios mío! ¡cómo puede el cristiano abandonarse a una pasión que le degrada a un nivel inferior al de la bestia más vil, más bruta, más inmundada! ¡Cómo puede el cristiano entregarse a un crimen que tantos destrozos causa en su pobre alma! ¡Un cristiano, digo, que es templo del Espíritu Santo, miembro de Jesucristo, puede sumergirse, revolcarse, anegarse, por decirlo así, en el fango de un tan infame vicio, el cual, además de abreviar sus días y robarle la reputación, le prepara tantos males y desgracias por toda una eternidad! Sí,

H. M., para daros una idea de la gravedad de ese pecado, voy : 1.º, a mostraros, cuanto posible me sea, lo horrible que es dicho crimen ; 2.º, de cuántas maneras podemos caer en él ; 3.º, cuáles son las causas que a cometerlo nos inducen ; 4.º, finalmente, lo que debemos practicar para preservarnos de ese vicio.

I. — Para daros a entender la gravedad de un pecado que tantas almas echa a perder, sería necesario presentar ante vuestros ojos todo cuanto el infierno tiene de más horrible y desesperante y, al mismo tiempo, todo cuanto la omnipotencia de Dios realiza sobre la víctima que se hizo culpable de un tal crimen. Por eso ya comprenderéis, como yo, que jamás nos será dado alcanzar la magnitud de ese pecado, ni el rigor de la justicia de Dios para con los impúdicos. Sólo diré que quien comete el pecado de impureza se hace culpable de una especie de sacrilegio, pues, siendo nuestro corazón templo del Espíritu Santo y nuestro cuerpo miembro de Jesucristo, profanamos realmente ese templo al abandonarnos a la impureza, y convertimos nuestro cuerpo, miembro de Jesucristo, en miembro de una infame prostituta (1). Considerad ahora si será nunca posible formarnos idea aproximada de la magnitud del ultraje que dicho pecado infiere a Dios, y del castigo que merece. ¡ Ah ! H. M., sería preciso arrastrar aquí, a mi lugar, a aquella infame Jezabel que tantas almas perdió con sus torpezas ; sería preciso que ella misma os hiciese la desesperante relación de los tormentos que experimenta y experimentará por toda una eternidad, en aquel lugar de horror donde ella se precipitó con sus liviandades. ¡ Ah ! la oiríais clamar revolcándose en aquellas llamas que la devoran : « ¡ Ay ! ¡ horribles sufrimientos los míos ! ¡ Adiós, hermoso cielo, jamás te

(1) I Cor., VI, 15-19.

veré, todo acabó para mí ! ¡ Ah ! ¡ maldito pecado de impureza, muy caros me hacen pagar las llamas de la divina justicia los placeres de que disfruté ! Si me cupiese la dicha de estar aún en la tierra, ¡ cuánto más preciosa que en otro tiempo me sería la virtud de la pureza !

Pasemos adelante, H. M., pues así sentiréis quizá algo mejor el aborrecimiento que debe inspiraros ese maldito pecado. No hablo ahora de un pagano, quien no tiene la suerte de conocer a Dios ; sino a un cristiano que conoce hasta qué punto ese vicio se opone a la santidad de su condición de hijo de Dios, de un cristiano que fué rociado con la Sangre adorable de Jesús, a quien tantas veces sirvió de morada y tabernáculo. ¡ Cómo ese cristiano puede abandonarse a un tal pecado ! ¡ Oh Dios mío ! ¡ podemos pensar en ello y no morir de horror ! Oíd lo que dice el Espíritu Santo : Aquel que es tan infeliz que llegue a abandonarse a ese maldito pecado, merece ser pisoteado bajo los pies del demonio como el estiércol lo es bajo los pies de los hombres (1). Dijo un día Jesús a Santa Brígida que se veía obligado a preparar horribles tormentos para castigar a los impúdicos, y que casi todos los hombres estaban atacados de ese infame vicio.

Si queremos tomarnos la molestia de recorrer las páginas de la Sagrada Escritura, veremos que, desde los comienzos del mundo, Dios ha perseguido severamente a los impúdicos. Ved a los hombres antes del diluvio abandonándose a tan infame vicio ; el Señor no puede sufrir tanta maldad ; se arrepiente de haberlos creado ; se ve forzado a castigarlos de la manera más espantosa, pues abre las cataratas del cielo y los condena a morir bajo aquel diluvio universal (2). Fué preciso que la tierra manchada con tantos crímenes, aborrecible a los

(1) *Omnis mulier, quae est fornicaria, quasi stercus in via conculcabitur* (Prov., IX, 10).

(2) Gen., VI.

ojos de Dios, fuese purificada por el diluvio, es decir, por las aguas de la ira divina. Siguiendo adelante, veréis a los moradores de Sodoma y Gomorra, así como a los de las ciudades vecinas, entregarse a los más repugnantes pecados de impureza, lo cual provocó la justa ira del Señor, quien les envió una lluvia de fuego y azufre que abrasó aquellas ciudades infames junto con todos sus habitantes; los hombres, las bestias, los árboles, las tierras, las piedras todo quedó como aniquilado; aquel lugar fué maldito de Dios y convertido en un lago o mar fatídico y triste (1). Llámase Mar Muerto, pues en él no vive pez alguno, y en sus riberas sólo se hallan ciertas frutas de hermoso aspecto pero que en su interior no encierran más que un puñado de cenizas. En otro lugar vemos que el Señor ordenó a Moisés que hiciese morir a veinticuatro mil hombres, por haberse abandonado a la impureza (2).

Sí, H. M., podemos muy bien decir que ese maldito pecado de impureza fué, desde los comienzos del mundo hasta la venida del Mesías, la causa de casi todas las desgracias del pueblo judío. Mirad a David, a Salomón y a tantos otros. ¿Qué es lo que atrajo tantos castigos sobre sus personas y las de sus súbditos sino ese maldito pecado? ¡Oh Dios mío! ¡cuántas almas os arrebató ese pecado! ¡ah! ¡cuántos infelices son por él arrastrados al infierno!

Si del Antiguo Testamento pasamos al Nuevo, veremos cómo no son menores los castigos. Nos dice San Juan que Jesucristo le hizo ver, en una revelación, el pecado de impureza bajo la figura de una mujer sentada sobre una bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos (3), para darnos a entender con ello que dicho pecado atenta contra los diez mandamientos divinos,

(1) Gen., XIX.

(2) Num. XXV, 9.

(3) Apoc., XVII, 3.

y encierra en sí los siete pecados capitales (1). Si queréis convencerlos de ello, no tenéis más que examinar la conducta del impúdico ; veréis que no hay mandamiento que no quebrante, ni pecado capital de que no se haga culpable para satisfacer los deseos de su cuerpo. No voy a entrar en detalles, escudriñadlo vosotros mismos, y veréis ser ello muy cierto. Mas debo añadir que no hay pecado en el mundo que sea causa de tantos sacrilegios : unos no conocen ni la mitad de los pecados de ese género que cometen, por lo cual tampoco los confiesan ; otros se resisten a declararlos, aunque los conozcan ; de manera que el día del juicio veremos que no hay pecado que tantas almas haya echado al infierno. Sí, H. M., ¡ es tan deshonesto ese pecado, que no solamente nos ocultamos para cometerlo, sino que hasta quisiéramos ocultárnoslo a nosotros mismos. ¡ Tan infame aparece hasta a los ojos de los mismos que de él son culpables !

II. — Mas, para mejor haceros comprender hasta qué punto ese pecado, aunque tan horroroso, sea corriente entre los cristianos, y con cuánta facilidad podemos cometerlo, os indicaré las maneras que hay de pecar contra el sexto precepto del Decálogo. Pécase de seis maneras : de pensamiento, de deseo, con la vista, de palabra, de obra y de ocasión.

He dicho : 1.º de pensamiento : son muchos los que no saben distinguir entre un pensamiento y un deseo ; lo cual puede llevarlos a hacer confesiones sacrílegas. Atendedme y lo veréis : hay mal pensamiento cuando nuestro espíritu se detiene voluntariamente en considerar cosas impuras, sea con relación a nosotros, sea con relación a los demás, sin desear poner en eje-

(1) El santo autor seguramente ha sacado del P. Lejeune, t. II, Sermón LIX, *De la Lujuria*, esta aplicación de la figura del Apocalipsis al vicio de la impureza.

cución lo que piensa ; solo se permite al espíritu revolcarse en cosas inmundas y deshonestas. Cuando os acusáis de ello, debéis decir por cuánto tiempo detuvisteis vuestro pensamiento sin distraeros, y además si habéis pensado en cosas que os podían llevar al mal pensamiento por el recuerdo de alguna conversación que tuvisteis, de alguna familiaridad que os permitisteis, o de algún objeto en que se fijaron vuestros ojos. El demonio os pone eso delante de vuestros ojos con la esperanza de que con ello os llevará al pecado, a lo menos de pensamiento.

2.º Pecamos también de desco. Ved, H. M., cuál es la diferencia que existe entre pensamiento y deseo : es desco, querer realizar lo que pensamos ; hablando más claramente, es querer cometer el pecado de impureza, después de haber pensado algún tiempo en él, cuando tengamos ocasión o cuando nos la procuremos. Hay que declarar si el deseo quedó sólo en nuestro corazón, o si hemos hecho pasos para realizar lo que deseamos ; si hemos solicitado a alguien a pecar con nosotros ; también debemos declarar la calidad o condición de las personas con quienes quisimos pecar ; si era un hermano, una hermana, un niño, una madre, un cuñado, una cuñada, un primo. Todo esto debe declararse ; de lo contrario, nada valdría vuestra confesión. No hay empero que declarar los nombres de las personas cómplices, sino en cuanto es necesario para dar a conocer el propio pecado. Es muy cierto que, si peccasteis con un hermano o una hermana y os limitaseis a decir que habéis faltado contra la santa virtud de la pureza, ello no bastaría.

3. Se peca con la vista, fijando nuestros ojos en cosas impuras, o en cualquier objeto que nos pueda llevar a la impureza. No hay puerta por la cual entre el pecado tan fácilmente y con tanta frecuencia como los ojos ; por esto el santo varón Job decía : «Que ha-

bía hecho un pacto con sus ojos para no mirar jamás a mujer alguna cara a cara» (1).

4.º Pecamos de palabra. Hablamos, H. M., para manifestar al exterior lo que pensamos interiormente, es decir, lo que pasa en nuestro corazón. Debéis acusaros de las palabras impuras que pronunciasteis, declarando si vuestra conversación duró mucho tiempo, el motivo que os indujo a hablar de tal manera, y cuántas y cuáles personas os pudieron oír. ¡Ay! H. M., muchos pobres niños hay a quienes mejor les sería topar con un león o con un tigre que con ciertos impúdicos. Si, como se ha dicho, la boca habla de lo que rebosa el corazón, juzgad cuál debe de ser la corrupción de esos infames que se revuelcan, se arrastran, se anegan, por decirlo así, en el fango de sus impurezas. ¡Oh Dios mío! si, según nos decís, el árbol se conoce por su fruto, ¡qué abismo de corrupción es a ése semejante!

5.º Pecamos de obra. Tales son las libertades culpables consigo mismo o con los demás, los besos impuros, y todo lo demás que no quiero ahora detallar; bien comprendéis a qué me refiero. ¡Dios mío! ¿dónde hallaremos a los que en sus confesiones se acusan de todo esto? Mas también, ¡cuántos y cuántos sacrilegios se cometen por causa de ese maldito pecado! Sólo conoceremos plenamente todo esto el gran día de las venganzas. ¡Cuántas jóvenes permanecerán dos o tres horas en compañía de libertinos, cuya boca no dejará de vomitar constantemente toda suerte de impurezas! ¡Ay! Dios mío, ¿cómo no abrasarse en medio de una tan ardiente hoguera?

6.º Pécase por ocasión, ya dándola, ya tomándola. Digo dándola, lo cual suele acontecer en las personas

(1) *Pepigi foedus cum oculis meis, ut ne cogitarem quidem de virgine* (Iob, XXXI, 1).

del otro sexo que se visten de manera indecente, ya dejando demasiado abierto el mantón o pañuelo, ya poniendo al descubierto el cuello y los hombros, ya usando vestidos que delaten demasiado la forma del cuerpo o bien ataviándose con excesiva afectación. Ésas desgraciadas sólo ante el tribunal de Dios conocerán el número de crímenes de que fueron causa. ¡ Cuántos casados guardan menos reserva que los mismos paganos ! Además, una joven es también culpable de gran número de pecados impuros, los cuales casi siempre son mortales, por haberse mostrado demasiado asquible o familiar para con los jóvenes. También se peca cuando se anda en compañía de personas de las cuales se sabe que sólo tienen en su boca conversaciones malas. Podréis no haberos complacido en ello, pero habéis faltado al exponeros a pecar.

A veces uno se hace la ilusión de que no comete mal alguno, cuando en realidad peca miserablemente. Así, los jóvenes que se hablan bajo pretexto de futuro matrimonio, creen no hacer mal alguno estando solos durante mucho tiempo, de día y de noche. Pensad que esos abrazos que se prodigan en tales ocasiones, son casi todos pecado mortal, pues ordinariamente proceden de los impulsos de una amistad meramente carnal. ¡ Cuántos novios o prometidos vemos abstenerse ya de reserva alguna ! cárganse de crímenes los más espantosos, parecen forzar la divina justicia para que los maldiga en el momento de entrar en el matrimonio. En el tiempo que duran los esponsales, debéis guardar la misma reserva que mantenéis con vuestras hermanas ; todo lo que a ella exceda, es pecado. ¡ Ay ! Dios mío, ¿ dónde están los que de esto se acusan ? casi no hay nadie. Pero también, ¿ dónde hallaremos los que entran santamente en el estado del matrimonio ? ¡ Ay ! si casi no existe uno. De todo lo cual se originan grandes males en dicho estado, así para el alma como para el

cuerpo. ¡ Oh Dios mío ! ¡ y los padres que saben todo esto, pueden dormir tranquilos ! ¡ Ay ! ¡ cuántas almas van rodando hacia los abismos !

Pecan contra la santa virtud de la pureza las personas que por la noche salen del cuarto sin vestirse, ya para servir a un enfermo, ya para abrir una puerta. Las madres deben poner gran cuidado en no tener nunca miradas deshonestas ni tocar a sus hijos sin necesidad. Los padres y los amos son culpables de las familiaridades que, pudiéndolas evitar, permiten entre sus hijos o criados. Se peca también leyendo o dejando leer libros malos o canciones licenciosas ; manteniendo correspondencia con personas de distinto sexo. Participase también en el pecado favoreciendo entrevistas entre jóvenes de distinto sexo, aunque sea con pretexto de matrimonio.

Si queréis que vuestra confesión sea buena, debéis declarar todas las circunstancias agravantes. Atended un momento y vais a comprender esto. Pecar con una persona abandonada ya al vicio, del cual hace su profesión, es hacerse voluntariamente esclavo de Satán, y correr gran riesgo de condenarse. Mas enseñar el mal a una joven, llevarla a pecar por primera vez, arrebatárle su inocencia, robarle la flor de su virginidad, abrir al demonio la puerta de su corazón, cerrar la del cielo a aquella alma que era objeto del amor de las tres personas de la Santísima Trinidad, hacerla digna de execración ante el cielo y la tierra : es todo esto un pecado infinitamente mayor que el primero, por lo cual debéis acusaros de todas esas circunstancias. Pecar con persona libre, ni casada, ni pariente, es, según San Pablo, un crimen que nos cierra las puertas del cielo y nos abre los abismos ; pero pecar con persona ligada por los lazos del matrimonio, es un crimen que encierra en sí muchos otros ; es una infidelidad horrible que aniquila y profana todas las gracias del sacramento del matrimonio ; es también un execrable perjurio, con el